

## Mariana Galvani. *Cómo se construye un policía. La Federal desde adentro.*

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016, 237 páginas.

Franco Carcedo<sup>1</sup>

La modernización de las ciencias sociales en cuanto a la forma de estudiar el Estado se debió, para algunos autores, a los cambios políticos que se sucedieron luego del segundo gobierno de Perón. Los factores que incidieron en ese proceso de renovación se atribuyen a los cambios políticos en las universidades y en su relación con el Estado y a una creciente vinculación institucional de los intelectuales locales con los debates internacionales en las distintas áreas del conocimiento.

Bohoslavsky y Soprano (2010), en cambio, plantean que esta representación fundacional debe ser interrogada poniendo en tensión diferentes perspectivas de análisis y tradiciones disciplinares. Uno de esos enfoques se orienta al estudio del Estado 'desde adentro'. Desde este encuadre se incluyen trabajos que reflexionan sobre la configuración de instituciones, dispositivos y agentes de control social, especialmente en relación con las áreas de justicia, salud y policía.

El libro de Mariana Galvani *Cómo se construye un policía. La Federal desde adentro* —prologado por Sabina Frederic— se propone analizar lo que los policías de la Policía Federal Argentina (PFA) manifiestan respecto de sus prácticas, a fin de observar estos discursos en su especificidad, pero también para comprenderlos en el marco de tramas discursivas más amplias. La policía, desde la perspectiva aquí asumida, es incomprendible si no se la analiza como parte constitutiva y definitoria del Estado. Por ende, analizar a la policía es analizar al Estado, en una de sus dimensiones.

En efecto, la autora intenta traspasar los límites de la normativa y ponderar el modo de hacer de los sujetos. Esto se vincula con la idea 'personalizar al Estado' y reconocer que éste se constituye a partir de las "normas que lo configuran y determinan, pero también desde las personas que producen y actualizan sus prácticas cotidianas dentro de sus formaciones institucionales y en interlocución con esas normas" (Bohoslavsky y Soprano, 2010, p. 24).

El trabajo invita a correrse de la noción de institución total para reflexionar sobre la policía como un ámbito de disputas y tensiones, donde existen relaciones dinámicas entre sus miembros. El texto de Galvani no se enmarca en los estudios que tienen a la policía como centro de críticas —a partir del abuso policial y el incumplimiento de

<sup>1</sup> Universidad Nacional de La Pampa.

Correo electrónico: [francocarcedo77@gmail.com](mailto:francocarcedo77@gmail.com)



la norma, fundamentalmente— sino que intenta desentrañar el funcionamiento de la institución y sus agentes.

El libro se organiza en una introducción, tres capítulos y un epílogo. En el capítulo 1, “¿Querés ser policía?”, Galvani se pregunta por qué alguien decide incorporarse a la fuerza de seguridad e indaga acerca del camino de ingreso a la institución, recuperando las nociones de prestigio, vocación y trabajo. Luego de identificar los requisitos para el ingreso y la situación social de algunos oficiales y suboficiales, concluye que éstos pertenecen a los sectores de la población con menos posibilidades económicas.

A continuación, a partir del análisis de publicaciones y discursos institucionales, se plantea que los policías son convocados a sacrificarse por una causa superior y a tener vocación. Sin embargo, este ‘llamado’ se opone a lo que los propios sujetos dicen acerca de los motivos que los llevaron a ingresar a la PFA; esto es la mejora en las condiciones laborales. Para Galvani, los uniformados que consideran su ingreso a la fuerza como una salida laboral, luego de pasar por la escuela policial y al ejercer la profesión, se apropian de la idea de que este es un trabajo que se hace solo si se tiene vocación. Esta construcción de la vocación se produce, según la autora, cuando los policías aprenden a leer su historia a través de los parámetros que se les enseñan.

En el capítulo 2, denominado “Respeto y muerte”, se analiza el rol que juegan estos dos tópicos en el ejercicio de la profesión. Debido a que la policía es la encargada de “velar por el mantenimiento del orden público y de las buenas costumbres, garantizando la tranquilidad de la población”, el reconocimiento social es una gratificación esperada por los policías. No obstante, para los uniformados consultados por Galvani, la sociedad no reconoce ni respeta su trabajo debido a la imagen negativa que existe sobre ellos.

Siguiendo esta línea de reflexión, se compara la visión de los agentes con publicaciones históricas de distintos medios de comunicación de la PFA. Para los policías entrevistados, hubo un tiempo pasado en que la sociedad los respetaba, cuestión desestimada por la autora a partir de recuperar editoriales policiales de fines del siglo XIX y principios del XX en donde ya se aludía a la falta de gratitud hacia la actividad.

Para explicar la falta de reconocimiento hacia los policías, Galvani retoma a Foucault, quien sostiene que en los Estados modernos el accionar policial es negativo, en tanto pasa de ser garante del bienestar común a controlar el orden, aun cuanto esto signifique hacer morir. Esta negatividad evidencia que la falta de reconocimiento hacia los policías excede la voluntad de la institución, ya que radica en su mismo rol social.

Una forma a partir de la cual la institución se valora a sí misma es a partir de la mistificación de la muerte. La muerte organiza los actos institucionales y se invoca para cohesionar a los funcionarios de la institución. También sirve para resaltar la profesión en clave de heroísmo frente a los otros “no policías” y ocultar las muertes causadas por el trabajo policial, que pasan a ser invisibilizadas. En definitiva, la característica menos deseada del trabajo policial se reconvierte en algo sagrado para sus miembros.

En el capítulo 3, “¿De quién defender a la sociedad?”, se analiza cómo se construyen las definiciones del otro “no deseable” como parte de una política estatal que configura las clases que serán objeto de intervención con el objeto de mantener la legitimidad del uso de la violencia. Galvani comenta que en dicha elaboración también

intervienen imaginarios concebidos en el seno de la sociedad. De esta manera, rechaza aquellas posturas que otorgan algún tipo de autonomía a la policía respecto de la definición de quiénes son sus 'enemigos'.

Para organizar la exposición, la autora identifica las alteridades indeseadas en tres momentos históricos. En primer lugar, se refiere al "vago", situado en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. Esta figura condensará lo no deseado de la sociedad incipiente y aglutinará desde aquellos dedicados al juego hasta la mendicidad. Frente a éstos, los policías debían distinguir entre los vagos aptos para el trabajo y los realmente carenciados, que serán recluidos en casas de encierro.

Con posterioridad, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, aparece la figura del "delincuente". Para reconocer las características que definen a estos sujetos, Galvani analiza artículos publicados en la *Revista de Policía*, en los cuales se especifican sus rasgos morfológicos; esto facilita y, en cierta manera, otorga 'legitimidad' al accionar policial. El discurso positivista se complementa con una serie de técnicas, como la fotografía y la dactiloscopia, decisivas al momento de clasificar a los sujetos. En este contexto histórico, fueron dos los grupos identificados como elementos nocivos para la sociedad: los "lunfardos" y los "anarquistas".

A partir de la década del cuarenta, la figura del "terrorista" empieza a delimitarse como un enemigo de la policía y, en la década del setenta, queda establecido como una otredad radical. Debido a que constituye un "peligro" para la sociedad, la policía deberá encargarse de impedir que se infiltre en los movimientos obreros y en los conflictos entre el capital y el trabajo, espacios considerados vulnerables para el desarrollo de la subversión. Para analizar esta alteridad, Galvani recurre a distintos artículos de *Mundo Policial* publicados entre 1971 y 1977, en los cuales se buscaba entender con un criterio 'científico' el accionar de los "delincuentes políticos".

La última figura recuperada por la autora es la de los "jóvenes delincuentes". Ésta se fue construyendo desde la década del sesenta hasta la actualidad. Su emergencia no implica la desaparición de otras alteridades, pero esta se irá potenciando a medida que otras se reducen. En líneas generales, los policías posarán sus miradas sobre aquellos jóvenes provenientes de sectores vulnerables, con escasa educación formal, sin trabajo 'honrado' e incluso en quiénes tengan en sus cuerpos tatuajes 'carcelarios'.

Para explicar por qué es necesario apartar a una parte de la población y dejarla o hacerla morir, Galvani enmarca la función policial dentro de la dinámica más amplia del funcionamiento del poder en los términos sugeridos por Foucault, para quien en el siglo XVIII se pasa del poder de soberanía al biopoder. Este poder, que tiene como objetivo la vida, entiende a la población como un problema biológico. La instauración de un biopoder que articula la disciplina y la biopolítica está en consonancia con la concepción de la matriz positivista como forma de ver a los otros, que deberán ser distinguidos por la policía.

El libro culmina con un epílogo en el que la autora retoma las principales líneas de análisis que recorren el texto; esto es, pensar a la policía como parte constitutiva del Estado y la necesidad de pensar al otro socialmente construido. Al objetivar y entender las condiciones de existencia de la PFA, Galvani logró pensar a los policías en el marco de estructuras estatales, relaciones capitalistas de producción y relaciones de poder. Esto fue posible porque pudo modificar la mirada sobre lo que en principio

fue su “alteridad radical” a partir de reflexionar sobre sus prejuicios y de objetivarse como sujeto subjetivante productor de una investigación.